

antonomasia el gran Caltzontzi. Esta es la verdadera y más recibida etimología de este apellido, que con mucha gloria ha sido característico de los reyes tarascos, aunque siente lo contrario Herrera, quien, hablando de la llegada del Rey de Michoacán á la presencia de Cortés, dice que los mexicanos (burlándose de él por verle en traje más humilde del que correspondía á su real persona, siendo como habia sido capital enemigo suyo, entrar en su tierra, cosa que jamás él habia imaginado), le llamaron Caltzontzin, que significa alpargate viejo, y que este nombre se le quedó para siempre, sin que jamás los castellanos le llamasen de otro modo.

---

### CAPITULO VIII.

---

PUEBLAN LA SIERRA DE MICHOACAN LOS TARASCOS:  
 ELIGEN SU REY: TRATASE DE SU  
 GOBIERNO, POLÍTICA Y DISTRIBUCION DE OFICIOS MI-  
 LITARES Y MECANICOS.

No siendo ménos activos que los mexicanos los tarascos, como aquellos fundaron su ciudad en la laguna de México, éstos construyeron la suya en la de Tzintzuntzan y Pátzcuaro, que es de aguas dulces y abundantes de regalados pescados. Tuvieron curiosidad los de México en conservar en sus pinturas los nombres y sucesion de sus reyes: en esto solo excedieron á los tarascos, de quienes, ni entre los indios, se descubrieron memorias ni se hallan relaciones en los autores de la Monarquía Indiana, siendo así que más de dos siglos se gobernaron separados ya de

los mexicanos. Solo sabemos de tres de sus reyes, que representa el pendon donde están las armas del señorío de la ciudad de Tzintzuntzan, que son el Rey Chiguangua y el Rey Sinsicha Tanguajuan; y que hubo otro, llamado Characu ó Rey Niño, segun una relacion antigua que cita el venerable padre Basalenque y se mencionará en el capitulo X (\*). Lo que no se puede dudar es, que tuvo Michoacan muchos reyes con absoluto dominio, y que Tzintzuntzan fué siempre la corte de su gobierno, de que hasta hoy se ven las ruinas de su real palacio cerca de esta ciudad antiquísima ántes del pueblo Iugartzio, y se conserva la hermosa plaza ya casi arruinados sus muros de piedra labrada; y en las orillas de la laguna de Siraguen se registran antiguos monumentos de las cosas que servian de placer á los reyes y señores, con otros arruinados edificios que se hallan en varios lugares. En cuanto á la plaza de armas de Iugartzio, que es el único monumento visible que nos ha quedado de estos antiguos edificios, diré que á distancia de quinientos pasos, corriendo para el Poniente de dicho pueblo, en la cima de una loma está un edificio de piedra formando una muralla en forma de cuadro, que tiene de longitud trescientas y treinta y siete varas y média, y

(\*) Basalenque, Crónic. S. Nicolás Tolent. aug. de Michoacan, cap. 15. tom. 1.

cientos y cincuenta de ancho, con seis varas y média de alto: el alto de las paredes es como de seis varas. El interior de esta plaza está terraplenado á mano hasta arriba. Se perciben en el centro unos cimienios en forma de pié de torre, y en su cercanía está un idolo de piedra, con la figura y estatura de un hombre: faltanle la cabeza y los piés; pero tiene todo lo demás, y las manos unidas con el vientre. Es de creer que el idolo fuese el de Huitzilopochtli, dios de la guerra, que tendrian colocado en el centro de la plaza de armas los belicosos tarascos, y en el paraje más eminente de ella: alrededor de la dicha plaza se perciben como escaleras y gradas. Habia otro idolo en estas ruinas, de figura de un lagarto, que tenia la cabeza quebrada. Estos idolos son de una piedra que llaman los naturales de allí *tanamo*, y es especie de tezontle. En el camino que va desde Iugartzio á la referida plaza de la parte del Poniente, hay tres yacatas de piedra, puestas á mano en figura de baúl, que se supone ser osarios. El pueblo de Iugartzio estará á dos leguas de Tzintzuntzan, y hay tradicion que allí tenian los tarascos su plaza de armas, cuyos vestigios son los que van referidos. Respecto á las ruinas del palacio de los reyes tarascos, segun la inspeccion que hice poco há de estas curiosidades, debo decir, que al Oriente de esta

ciudad de Tzintzuntzan, en la falda de un cerro grande, llamado *Iaguarato*, á cien pasos de la poblacion, se perciben en la superficie de la tierra unos cimientos subterráneos, que tendrán de Norte á Sur ciento y cincuenta pasos, y de Oriente á Poniente como cincuenta, en que hay tradicion asentada, estar allí oculto el palacio de los reyes antiguos. En el centro de estos cimientos hay cinco cerrillos ó cuicillos, que llaman las yacatas, de piedra laja, hechas á mano, en que regularmente no falta un indio como de custodia, y los indios aun en el dia no permiten desentrañar estos cimientos. Hubo un clérigo indio, años pasados, llamado Domingo Reyes Corral, á quien obedecian los indios, y éste se puso de propósito á desentrañar las yacatas, y en un pedazo que cavó como de ocho varas en cuadro, sacó mucha piedra labrada: murió, y los indios luego taparon el hoyo, y no han consentido á otro alguno que allí cavara.

Esta ciudad de Tzintzuntzan se llamó en el tiempo de la gentilidad *Chincicila* ó *Huitzitzila*, que es nombre mexicano, como afirma Gomara y otros, y Hernan Cortés, en sus Cartas, usa de esta última voz para significar la corte de Michoacan ó Tzintzuntzan. Mas despues del homenaje que el Rey Caltzontzi hizo de ella y de sus Estados á la Corona de Castilla, comenzaron los

españoles á darle el nombre de Michoacan, comun á todo el reino; y en verdad, la significacion de él, que quiere decir *Michi*, y es lugar de pescado, le adaptaba singularmente á esta ciudad por su cercanía á la laguna. Que haya sido esta ciudad la Corte de los reyes de Michoacan, que despues se llamó Tzintzontzan, probaron plenamente los indios de ella ante Juan de Vera, alcalde ordinario de Guayangareo, en el año de mil quinientos sesenta y cuatro, cuya informacion hecha de testigos contemporáneos de los reyes, dice haber visto original el licenciado D. Juan José Moreno, autor de la Vida del ilustrisimo señor D. Vasco de Quiroga, obispo de Michoacan; y he visto tambien el instrumento de la informacion y probanza de la ciudad de Tzintzontzan hecha en el pueblo de Guayangareo á 15 de Enero de 1567, por ante Martin Martinez, escribano de S. M., en la que consta ser dicha ciudad de Tzintzontzan cabeza de esta provincia de Michoacan, antes que vinieran los españoles, y despues cabecera y ciudad donde se fundó y estuvo la iglesia Catedral de este obispado, y residió la justicia real, y estarle Pátzcuaro sujeto. Como pudieron verla los padres cronistas Basalenque y Larrea, lo refieren así y son de preferir á otros autores más modernos, por haber escrito en tiempos más inmediatos á la reciente ocupacion de aquel reino. Daré

razon más individual de esta informacion original, que he registrado, cuando llegue á tratar de la primacia de esta ciudad en órden á las de Pátzcuaro y Valladolid. Entretanto es cierto que así con el dicho de otros autores, como con el del venerable padre Fr. Antonio de Beteta, testigo que fué en la informacion citada, se da márgen á asentar que Pátzcuaro era lugar de recreo de aquellos monarcas, si no es que se diga, y acaso con mas verosimilitud, que Michoacan se llamó antiguamente Tzintzuntzan y Pátzcuaro por una ciudad. Así se le informó al señor Julio III, como consta de la narrativa de su breve que pongo á la letra en el capitulo 26, libro 2.º de esta obra donde dice: *ad alium locum, seu vicum ejusdem civitatis*, y, como bien lo refleja el licenciado Moreno, no es creible se la sugirieran parañas al soberano Pontífice. Conviene con esta expresion, y sabido es por los que tienen conocimiento de estas memorias antiguas, que las ciudades de los indios solian tener barrios á distancia de leguas considerables, y eran estos unos pueblos sujetos á las mismas ciudades, puestos bajo su proteccion y dedicados á su servicio. De esta manera el pueblo de Santiago Undameo era barrio de la ciudad de Tiripitio: el de Eronguaricuaro de la de Michoacan, Pátzcuaro de Tzintzontzan, y así de otros.

Trataron luego los nuevos pobladores de fertilizar la tierra para sus alimentos, y de sembrar con algodón los campos para vestirse; y trayendo consigo todo género de semillas de la tierra, no les costó el ver sus sudores bien logrados, mucha fatiga. Comenzaria su reinado, como el de todas las naciones de las Indias, eligiendo por cabeza al que más se señalaba en valor y en fuerzas, y que descubria mayor entereza para el gobierno: despues, como se vió en los últimos reyes, se fueron sucediendo por herencia, y cuando tuvieron la mayor parte de Michoacan habitada, entabló su política leyes para su más acertado gobierno. Diéronse luego á ejecutar varios oficios los naturales de este fertilisimo reino. Fueron siempre los tarascos muy ingeniosos y grandes trabajadores, y hoy lo son, pues en testimonio de nuestro cronista Larrea, tom. 1.º, cap. 9, son eminentes en todos los oficios, de tal manera que sus curiosidades han corrido á todo el mundo con aplauso general: trabajaban láminas de cobre, que suplían en las labranzas por el hierro. Fueron estos tarascos los primeros inventores de la pintura, hasta hoy no imitada en cosas de madera, que todavía se aprecia en bateas de Perivan, y en lo que se trabaja en Cucupao, siendo el barniz tan constante, que apuesta con la misma pieza labrada su duracion y permanencia. In-

ventó el ingenio del tarasco las cosas singulares de pluma con sus mismos nativos colores, asentando de la misma manera que lo hacen en un lienzo los mas diestros pintores con delicados pinceles. Solian en su gentilidad formar de estas plumas, aves, animales, hombres, capas y mantas para cubrirse, vestiduras para sus sacerdotes y templos, coronas, mitras y rodela, mosqueadores, con otros curiosos instrumentos que les sugería su imaginacion. Estas plumas eran verdes, azules, rubias, moradas, pardas, amarillas, negras y blancas, no teñidas por industria, sino como las crían las aves, que cogian y mantenían vivas al intento, valiéndose hasta de los más mínimos pajarillos. El modo de engastar las plumas era cortarlas muy menudas; y en lienzo de maguey, que es la planta de la tierra, con cola, muy templada, iban organizando las plumas que arrancaban de uno á otro pájaro muerto con unas pinzas, y pegándolas á la penca ó tabla: se valían de sus nativos colores para dar las sombras y demas necesarios primores que caben en el arte, segun pedía la imaginacion que querían pintar. Cada particula se ponía de por sí, con tal presteza, que seguían la línea y círculo del bosquejo, y la iluminacion formaba en la pintura una vistosa primavera. De las plumas de estos y otros pájaros hacían estos indios sus plumajes, y aun imágenes de

pluma tan particulares, principalmente en Pátzcuaro, que segun refiere Acosta, se admiró el señor Felipe segundo, de tres estampas que dió á su hijo, el señor Felipe tercero, su maestro: la misma admiracion causó al Papa Sixto quinto, un cuadro de N. P. San Francisco que enviaron á su Santidad, hecho de plumas por los indios tarascos. He visto láminas muy curiosas y acabadas de este género en gabinetes de curiosos en la Europa; y principalmente mi maestro el doctor Moran, uno de los sabios de la Academia de las Ciencias de Paris, apreciaba mucho, y con razon, dos láminas de santos, que adornaban su singular museo, cuya hechura de plumas de tan exquisitos colores era de lo mas perfecto que se podía desear, á más de lo raro de la invencion. No trabajan ya con tanto primor los tarascos las estampas que hacen de pluma, y en el dia se escasean mucho estas obras de plumeria.

Hubo en este reino de Michoacan escultores de primorosa canteria, labrando en piedra cuanto querían, con guijarros y pedernales, saliendo la obra tan pulida como la que hoy pulen los de este oficio con escodas y picos acerados, y se usó este primor en los idolos que encontraron los religiosos primitivos. Los carpinteros y entalladores labraban la madera con instrumentos de cobre: los lapidarios cortaban las piedras preciosas

con cierta arena que de ellos era conocida. Habia plateros, y la falta de martillo y yunque la suplían dando sobre una piedra con otra. Fundian una joya de oro ó plata, un pájaro ó otro animal: vaciaban un pez con las escamas de oro y el cuerpo de plata. Labraban losa y vasijas de barro muy bien hechas, y de madera hacían jícaras, bateas, especies de vasos que llaman por acá tecomates, y otras cosas para su uso y servicio. Tejian sus ropas y vestidos á la manera que los usaban; en especial para los reyes y señores, eran de algodón, unas mantas blancas, otras negras y algunas muy pintadas de diversos colores, y estas muy sutiles y delicadas. Tejian otros vestidos de pelos de conejo y de algodón de mucha curiosidad, y estas eran vestiduras de caciques y de gente muy principal, con que en la forma de vestir se daba uno á conocerse. En muy poco se diferenciaban los tarascos y los mexicanos en el vestir: algunos de los principales traían ropas largas hasta media pierna, y encima sus mantas terciadas ó dispuestas como las tilmas de los mexicanos, formando un nudo sobre uno ú otro hombro, y todos usaban de suelas de cuero de venado con sus cordones que se ajustaban encima del tovillo: los plebeyos andaban encueros cubriendo con pañetes ó mastiles las partes ocultas, y así andan todavía los indios gentiles con su taparabo, que llaman

en esta tierra; bien que ahora todos visten de algodón y traen sus cotones de sarga, sayalete ó paño del país. Una de las cosas mas singulares de este reino era y es la plumería fina, que por ser género apreciable se llevaba á España y otras partes, pero ha decaído mucho este comercio. Como en lo antiguo fué generalísima costumbre de los indios adornar sus cabezas con plumas, era esta una particular riqueza del reino. Las indias y los magnates traían el pelo levantado y amarrado alrededor de la cabeza, formando varias trenzas con cordones de algodón de diversos colores: los demás de la plebe traían el pelo suelto con una ó otra pluma en la cabeza: no expresan los autores que estos indios tuviesen el uso de las balcarrotas: otros oficiales de esta industriosa nación hacían esteras de palma y de tule, que llamamos *enea*, y es junco acuático, y les servía de alfombras, tan bien labradas algunas, que podían servir de tapices. Curtían cueros de todo género de animales, adobados con pelo y sin él, con mucho primor: tenían sandalias de cuero, y otros las usaban de hilo del maguey, y el calzado de los magnates era muy pintado y curiosamente compuesto. Construían y fabricaban navajas de cierta piedra negra que ellos llaman teinapo, en la forma que refiere nuestro curioso Torquemada, diciendo ser cosa digna de admiración ver (como lo vió) sacar estas

navajas, que son tan agudas como se vieron en los principios de la conquista de estos reinos, pues llegaron los españoles á hacerse con ellas la barba sin la menor molestia. Asentado el gobierno mecánico, descubrió en lo militar el reino tarasco tan valiente orgullo.

En tiempo de su infidelidad, dice el cronista general de estas Indias, por maravilla perdió batalla: asienta lo mismo nuestro Torquemada, diciendo que la gente de Michoacan era robusta y muy trabajadora, y entre las otras naciones de indios era la más hermosa. Belicosos eran, y grandes tiradores de arco y flechas, y eran tan diestros, que á mas de cien pasos no erraban un pequeño blanco, en especial los indios que llamaban teules chichimecas, habiendo muchos de ellos vasallos del rey de Michoacan. Mucho tiempo tuvieron guerra los mexicanos con los tarascos y nunca les pudieron ganar un palmo de tierra ni pueblo alguno, ni bastó todo el imperio mexicano para domarlos; antes tenían los mexicanos continuas guarniciones y fuerzas en las fronteras de aquel reino, porque no les entrasen en sus tierras ni hiciesen daño por aquella parte; y recelándose unos de los otros, el rey de Michoacan tenía sus guardias en las fronteras, que eran Tiaximaloyan ó Taximaroa, Maravatio, Tzitácuaro, Acámbaro y Tzinapécuaro, para la guerra con los

mexicanos y matlatzingas: no tenemos noticia de los demás presidios que tenían contra los jaliscos y colimas, y usaban de las mismas armas que los otros. Iban á la campaña vestidos de su natural fiereza, en carnes, embijados de colorado, negro y amarillo, con petos de maguey, y todo su empeño era apresar cautivos para sacrificarlos á sus dioses: llevaban grandes músicas guerreras de bocina, caracoles y otros rústicos instrumentos; sus estandartes eran labrados de pluma con variedad de colores, y habia premio para los que se señalaban en la guerra. Al capitán que habia hecho alguna facción gloriosa, daba uno de los grandes señores una mujer de las veinte que cada uno tenía, por esposa, y ésta se tenía entre ellos por muy colmada de honra: despues tratarémos de esta materia. Usaban los de Michoacan sus bailes y vitores, bebiendo vino de maíz hasta caer. Ejercitaban el juego de la pelota, que es el de la chueca entre los bárbaros. Tenia el rey gobernadores en cada lugar para que mandasen prender al que hurtaba ó cometia otro delito, y examinado se remitía al mismo rey para el castigo. Si la maldad era haber hecho fuerza á alguna mujer, rasgábanle la boca hasta las orejas con una navaja de pedernal y despues le clavaban sobre un palo. El primer hurto se perdonaba al ladron reprendiéndole; al segundo, le despeñaban y dejaban tirado para pasto de las

auras. No habia en aquel entónces castigo señalado para el homicida, porque por el miedo que naturalmente tenian á este atroz delito, no lo habia; pero despues, por la ejecucion de semejantes atrocidades en que se fueron viciando, debió de dictarles la experiencia que convenia ordenar el que se señala en el mapa sexto, que es continuacion del que me dió el indio Cuini, y se reducía á traer al delincuente de este grave delito estirándolo por los piés por las plazas y campos hasta que rindiese la vida. Los ministros principales de justicia traían unas varas gruesas como de ébano, con plumas de colores encima, y unas pedrezuelas engastadas en las varas, que sonaban como cascabeles: y cuando pasaban por la calle salian de sus casas los hombres para acompañarlos. El rey tenia en aquella nacion un poder absoluto sobre sus vasallos, estos le tributaban cuanto tenian y él queria: de suerte que eran más que esclavos, y vivian en terrible servidumbre: bien sujetos estaban los señores ó caciques, pero gozaban de alguna predileccion, y estaban obligados á acudir al servicio del rey, y principalmente á la guerra con sus respectivos vasallos al punto que recibian órden de su monarca. Antiguamente no consentian ociosos ni vagabundos, porque los perseguían, y de los que cogian los castigaban con muerte civil enviándoles á trabajar á las minas

de Guaxacatlan: en una ó otra provincia de aquel reino, como en lo de Chilehota, reinaba el embuste y el perjuro, pues de los naturales de este distrito se cuenta que con su vino de maíz los hacían decir cuanto querian en perjuicio de la verdad y de la justicia: habia algunos indios muy viciosos, que vivian despartados de sus mujeres, embusteros y de malísimas costumbres, que no pudieron sujetarse á una vida racional hasta que con la comunicacion de los españoles, y la eficacia de la ley suave del Evangelio, se vieron reducidos á ella.

Todo lo que tenia de prendas naturales el ingenio del tarasco, tuvo de pervertido en idolatrías mientras no tuvo luces de católico. Adoraba el engañado pueblo un ídolo principal, y éste tenia su metrópoli en el pueblo de Tzacapu, como matriz de aquel reino. Estaba su templo en la cumbre de un monte, cuyas faldas están continuas á dicho pueblo. En este adoratorio asistia el sumo sacerdote *Curinacaneri*, que así era su nombre, á quien todos veneraban como á cosa suprema. El mismo rey le mostraba tan respetuosa atencion, que le visitaba cada año, hablándole de rodillas al tiempo que iba á ofrecerle las primicias; y al ejemplo de su monarca, hacían lo mismo los grandes y señores con todo el resto de su reino. El modo que se guardaba en la oblacion de las



primicias era éste. Salía el rey de Tzintzuntzan, que era su Corte, y se embarcaba en la hermosa laguna, caminando al pueblo de Tzirondaro. Dista este dos leguas, en donde saltando en tierra comenzaba su camino de cinco leguas á pié, al lugar donde residía el sacerdote sumo, por una calzada de piedra tan curiosamente labrada (como en parte se alcanza) tan aseada y limpia como solo hecha para huellas reales. Besaba de rodillas la mano al sacerdote, entregándole donativos como de su real grandeza, y ofrecía otros al idolo en señal de su rendimiento obsequioso. Lo mismo ejecutaban en pos del rey los señores y demas del vulgo, ofreciendo cada cual á medida del caudal el sacrificio.

Era el idolo descomunal, que ostentaba con singulares adornos su fiereza, y cada joya que orlaba su vestidura correspondía un haz de condenados de los que le ofrecían en sacraficio. Este simulacro del demonio, que sepultó la introduccion del Evangelio en aquel puesto, se vió despojado de todas sus joyas y ornatos, que quedaron por todo aquel espacio sembrados y dispersos. Poco tiempo despues, un vecino, registrando aquella cumbre y el antiguo templo, halló tres platoncillos de plata, á modo de patenas, aunque mayores, con toda curiosidad labrados. Eran éstos las arracadas ó zarcillos que colgaban de las orejas,

especialmente los del pueblo de Araro, que significa esta accion misma.

No solo ofrecían estos bárbaros á los muchos ídolos que adoraban, y especialmente á este de Tzacapu, á quien juzgaban por autor y principio de sus bienes, las primicias, sino inciensos, mantas, joyas, esteras, flores y cuanto precioso tenían. El sacrificio verdaderamente horroroso era ofrecer corazones humanos, cuya inhumana accion describe en breve la pluma por no manchar con abominaciones la historia. Salían los ídólatras sacerdotes atezados de negro, con los cabellos enmarañados y ceñida la frente con una cinta de cuero, y rodela en las manos de varias plumas. La vestidura era blanca, labrada de negro: ponía solo su vista espanto; y en esta funesta figura, haciendo al idolo acatamiento, se iban al lugar del sacrificio. Sacaban desnudo al que había de ser sacrificado, y tendido sobre una piedra, sin poder moverse, llegaba el que hacía oficio de mayor sacerdote, y con una tajante navaja de piedra le abría el pecho, sacándole el corazón palpitante, y lo ofrecía á su falso dios, puesto en un vaso muy pintado, y despues tenían libertad los infames ministros del demonio de comerse los tales corazones, haciendo vianda otros muchos con los cuerpos en un regocijado banquete. Paso en silencio otro cúmulo de abusos y bárbaras cos-

tumbres que, segun la prolija narracion de la Monarquía Indiana (tomo segundo), eran comunes en estos políticos reinos, y solo haré mencion de haberse acostumbrado en Michoacan tomar el hombre á la suegra por mujer; y si casaba con mujer mayor, si ésta tenia hija, la daba al marido porque no la repudiase por anciana: conque tenia á madre é hija por mujeres, mas esto no se tenia por buena costumbre sino por abuso abominable.

---



---

## CAPITULO IX.

---

SOLEMNIDAD EN LOS ENTIERROS QUE SE  
HACIAN A LOS REYES TARASCOS, MUY MEMORABLES.  
AÑO DE 1532.

Costumbre fué siempre loable en todas las gentes que se señalaron en la política racional, dar honrosa sepultura á sus difuntos: No eran tan negados á la razon los naturales de estos reinos que ignorasen la inmortalidad de las almas, aunque erraban en la creencia de los lugares á que eran llevadas las almas despues de separarse de sus cuerpos. Por esto, cuando moria algun señor, daban aviso á todos sus amigos y parientes, y lo enterraban con particulares aparatos. A los demás no les faltaba, por pobres que fuesen, darles la honra de que no careciesen sus cenizas de humana sepultura; pero en donde más que en otros